

# AJÍ PICANTE

ALAIN MABANCKOU

# AJÍ PICANTE

Traducción de Sol Gil



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Petit Piment*

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Pepe Far

Imagen cubierta: istockphoto

Primera edición: septiembre de 2024

Cet ouvrage, publié dans le cadre du Programme d'aide à la publication  
Victoria Ocampo, a bénéficié du soutien du Service de coopération  
et Action culturelle de l'Ambassade de France en Argentine.

Esta obra, publicada en el marco del Programa de ayuda a la publicación Victoria Ocampo,  
cuenta con el apoyo del Servicio de cooperación y de Acción cultural  
de la Embajada de Francia en Argentina.

© Éditions du Seuil, 2015

© de la presente edición: Edhasa, 2024

© de la traducción: Sol Gil, 2022

Diputación, 262, 2.ª 1.ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares  
del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total  
de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía  
y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares  
de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,  
[www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra,  
o consulte la página [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)

ISBN: ISBN: 978-84-350-1161-7

Impreso en Barcelona por CPI Black Print

Dep.Leg.: B 14354-2024

Impreso en España

*En homenaje a los vagabundos de la Costa Salvaje, que durante mi paso por Pointe-Noire me han contado algunas porciones de sus vidas; y sobre todo a Ají Picante, empecinado en ser un personaje de ficción porque ya no daba más de ser uno en la vida real...*

*A. M.*

Loango

Todo empezó en la época en que, de adolescente, me hacía preguntas sobre el nombre que me había dado Papá Moupelo, el sacerdote del orfanato de Loango: Tokumisa Nzambe Po Mose Yamoyindo Abotami Namboka ya Bakoko. Ese nombre interminable que en lingala significa «Demos gracias al Señor, el Moisés negro ha nacido en la tierra de los ancestros» y que hoy sigue inscripto en mi partida de nacimiento...

Papá Moupelo era un personaje diferente, probablemente uno de los que más me había marcado por esos años en el orfanato. Era retacón, usaba zapatones Salamander de suela bien gorda (para nosotros eran «los zapatos de muchos pisos») y llevaba caftanes anchos de color blanco que conseguía en los puestos del África Occidental del gran mercado de Pointe-Noire. Parecía entonces un espantapájaros en un cultivo de maíz, sobre todo en el momento en que cruzaba el patio central y las casuarinas que rodeaban el predio del orfanato se sacudían con el viento.

Esperábamos impacientes a que él llegara cada fin de semana y lo aplaudíamos apenas reconocíamos su viejo Renault 4, con ese motor, decíamos, enfermo de tuberculosis crónica. El sacerdote se rasgaba las vestiduras para estacionar en el patio y repetía cinco, hasta seis veces, la misma maniobra, mientras que cualquier dominguero hubiera aparcado allí mismo con los ojos vendados. No era por puro placer por lo que sostenía esa burda batalla; quería, se justificaba, «que el coche ya quedara mirando a la salida» y así no com-

plicarse la vida dos horas más tarde, cuando regresara a Diosso, la localidad donde vivía, a unos diez kilómetros de Loango...

Ya en la sala que la institución había dispuesto para él, justo enfrente de las construcciones que servían como aulas, nosotros lo rodeábamos formando un círculo perfecto mientras él nos repartía hojas donde descubríamos la letra de la canción que nos tocaba aprender. Enseguida la pieza se alborotaba, porque para la mayoría era difícil acostumbrarse al vocabulario rebuscado de ese lingala sacado de los libros que habían escrito los misioneros europeos, donde recopilaban nuestras creencias, leyendas, cuentos y cantos de los tiempos más remotos.

Pero nos esmerábamos, y en poco menos de un cuarto de hora ya nos sentíamos cómodos modulando las voces como quería Papá Moupelo. A las chicas les sugería emitir ululeos, y a los chicos, responderles en el tono más grave, mientras él, con los ojos cerrados, sonrisa en los labios, se contoneaba, separaba las piernas, enseguida las volvía a cruzar y las volvía a separar. No terminaba un gesto que ya hacía otro, tanto que estábamos convencidos de que era el hombre más veloz del planeta.

Y así a los pocos minutos transpiraba, se limpiaba la cara como si nada y, sin aliento, con la boca bien abierta, nos hacía señas:

—¡Ahora vosotros!

Como nosotros dudábamos, el padre venía volando a socorrernos y unía los movimientos a las palabras:

—¡Vamos, vamos! ¡Sin vergüenza, hijos! ¡Que nadie se quede fuera! ¡A mover los hombros, arriba, abajo! ¡Así! ¡Sí! ¡Está muy bien! Ahora imaginad que en vez de hombros sois alas y os preparáis para volar. ¡Ahí está! Al mismo tiempo, sacudid la cabeza como lagartijas sobreexcitadas. ¡Magnífico, hijos! ¡Así bailan los norteños del país!

Exaltados por esos momentos de fervor en los que creíamos que ese servidor de Dios no venía a evangelizarnos, sino a hacernos olvidar los retos que habíamos padecido días antes, nos dejá-

bamos llevar, a veces demasiado, antes de entender que no estaba todo permitido, porque tampoco estábamos en la famosa corte del rey Makoko, donde los batekes tiraban la casa por la ventana mientras el soberano roncaba día y noche acunado por los cantos de los griots.

Papá Moupelo nos vigilaba con el rabillo del ojo y, apenas se nos ocurría pasarnos de la raya, intervenía. No fuera cosa que nos acercáramos a las chicas ilusionados por agarrarlas de la cintura y pegarnos a ellas como sanguijuelas. También era intransigente con los pupilos depravados, como Boumba Moutaka, Nguékéna Sonivé y Diambou Dubouiri, que con espejitos rotos jugaban a verles el color de la bombacha a las chicas y más tarde se burlaban de ellas.

Inmediatamente, Papá Moupelo los llamaba al orden:

—¡Mucho cuidado, hijos míos! De esas cosas, aquí no. ¡Que con la burla llega el pecado!

Olvidábamos durante más de dos horas quiénes éramos y dónde estábamos. Las explosiones de risa retumbaban hasta fuera del orfanato cuando Papá Moupelo, habitado por el trance, empezaba a imitar el salto de rana con el propósito de mostrarnos el famoso baile de los pigmeos del Zaire, país del que provenía. Una danza muy distinta y más técnica que la nuestra, los norteños, porque exigía elasticidad de felino, velocidad de ardilla perseguida por boa y, sobre todo, ese considerable descaderamiento al término del cual el sacerdote se arrodillaba y, con un saltito de canguro, terminaba a un metro sin caerse. Se levantaba sin dejar de mover la cadera, alzaba los brazos bien alto, pegaba gritos provenientes del fondo de la garganta y por fin se detenía, con los enormes ojos rojos bien abiertos, frente a nosotros. En aquel preciso instante teníamos que ovacionarlo para que volviera a una postura menos cómica, y, poco a poco, cada uno de nosotros se instalaba en esos asientos de bambú que crujían con el mínimo movimiento. Estábamos en las nubes, trans-



portados por un clima que al día siguiente comentábamos en el comedor, la biblioteca, el patio de los juegos, el patio principal y, sobre todo, en los dormitorios donde ensayábamos los pasos hasta que seis vigilantes del pasillo, celosos de la influencia sobre nosotros de aquel hombre de Dios, agitaban sus látigos y nos empujaban a refugiarnos bajo las sábanas. Los llamábamos los «vigilantes del pasillo», porque precisamente se escabullían en los pasillos para seguirnos el rastro y que la voz corriera al primer piso, hasta el director Dieudonné Ngoulmoumako. Los vigilantes más temibles eran Mpassi, Moutété y Mvoumbi, parientes del lado materno del director, y por esta razón actuaban como subdirectores, al punto que Dieudonné Ngoulmoumako a veces tenía que decirles que aflojaran. En cuanto a los otros tres, Mfoumbou Ngoulmoumako, Bissoulou Ngoulmoumako y Dongo Dongo Ngoulmoumako, orgullosos de su apellido heredado de la familia paterna del director, nos miraban a todos de arriba abajo, aunque habían obtenido sus puestos sólo por la gracia del tío y no tenían ninguna experiencia en la educación de niños, a los que consideraban ganado.

En cuanto se iban, después de intimidarnos, alguno tiraba una palabra chistosa en el lingala de Papá Moupelo, salíamos de la cama y formábamos un pequeño círculo para retomar esa coreografía que nos iba a perseguir hasta quedar dormidos. No era cosa rara oír en plena noche a pupilos tarareando en sueños agitados esas antiguas melodías en la misma lengua anticuada del hombre lleno de bondad que nos vendía esperanzas a un precio más que accesible, ya que estaba convencido de que su misión era salvar almas. Todas las almas de la institución...

★ ★ ★

Papá Moupelo jamás me confesó que fue él quien me dio el nombre más kilométrico del orfanato de Loango y seguramente de toda la ciudad, hasta del país entero. ¿Habría sido porque era cos-

tumbre entre sus compatriotas zaireños? Allí tenían nombres interminables y hasta impronunciables, empezando por el del propio presidente Mobutu Sese Seko Kuku Ngbendu Wa Za Banga, que significa «el guerrero que va de triunfo en triunfo sin que nadie lo detenga».

Cuando yo me quejaba de que alguno había pronunciado mal mi nombre o se había comido una parte, Papá Moupelo insistía en que no me dejara llevar y que por la noche rezara antes de ir a la cama para agradecer al Todopoderoso, porque, según él, el destino de todo ser estaba oculto en su nombre. Para convencerme, tomaba su propio ejemplo: en kikongo, Moupelo es «sacerdote», y no era casualidad si él se había convertido en un mensajero de Dios, al igual que su padre. Le gustaba que mis detractores se conformaran llamándome «Moisés» o «Moshe». Moisés no era cualquier profeta; de hecho, no había ningún profeta que le llegara a los talones, ni siquiera esos que hacían gala en el Antiguo Testamento de una barba más larga y más atrevida, argumentaba para echarme flores. Era el que Dios había elegido para sacar a los hijos de Israel de Egipto y llevarlos a la Tierra Prometida. Con cuarenta años, harto de la miseria cotidiana de su pueblo, Moisés mató a un contraamaestre egipcio que discutía con un hebreo. Después de este episodio tuvo que huir al desierto, se volvió pastor y tomó por esposa a una de las hijas del sacerdote que lo había acogido. A los ochenta, mientras se encargaba de las ovejas del suegro, Dios lo llamó desde un arbusto para confiarle la tarea de liberar al pueblo hebreo, víctima de la esclavitud en esas tierras egipcias. ¿Quién de esos que se burlaban de mi nombre tenía uno con tanto sentido?, me solía preguntar el Padre.

Hasta hoy, mientras escribo estas líneas encerrado en este lugar que en otra época me fue tan familiar y ahora es tan distinto, prácticamente oigo la voz de Papá Moupelo, un poco alejado, recitándome esa parte de la Biblia en la que Dios se aparece a Moisés:

—Y el ángel del Eterno se le apareció en una llama de fuego, en medio de una zarza. Y Moisés miró, y he aquí que la zarza ardía en el fuego, pero no se consumía.

Se me viene la imagen de cuando se quedaba contemplando el cielo; después me miraba un segundo y ponía voz muy grave:

—Así es, Moisés, hijo mío, el ángel del Eterno también se te va a aparecer. No esperes que surja de un arbusto, porque eso ya se hizo y Dios detesta repetirse. De tu propio cuerpo va a salir. Y es muy probable que no lo reconozcas, pues va a tener una apariencia tan inmundada que te va a dar asco. Pero él va a estar ahí para salvarte...

En los sucesivos encuentros, a Papá Moupelo no lo dejaba ni un minuto en paz. Algunos pupilos me hacían comentarios, y llegaron a tildarme de chupatintas o de que yo era «como la sombra de las doce y cinco». Pero yo sólo le rogaba que me dejara sentarme al fondo de todo, en la última fila, porque me acordaba de las reuniones anteriores en las que nos había deslumbrado con esa parábola de los trabajadores de la viña que llegaban a trabajar a la hora undécima y les pagaban antes que a sus compañeros, quienes, en cambio, se habían presentado a la tercera y la sexta hora.

—En el reino de los cielos, como con los trabajadores de la viña, los últimos serán los primeros y los primeros serán los últimos —concluyó—. Pero no hagas tanto escándalo: aunque no se sienten atrás, Dios no olvida a los niños.

Tampoco es que hiciera todo un escándalo, pero es cierto que estaba un poco preocupado desde que esperaba la salvación de Dios, especialmente cuando el director nos levantaba la mano y el Todopoderoso no nos transmitía ni una señal para tranquilizarnos. Para mí, el director era el faraón malo de la Biblia en persona, el que molestaba a los hebreos. No entendía qué esperaba Dios para azotar al orfanato con las tremendas plagas de Egipto con las que el monarca impuso su poder y superioridad. ¿O Dios se ha-

bía confundido y había elegido a otro Moisés más negro, lindo, alto, inteligente y libre que vivía en otro país, donde se rezaba, bailaba y cantaba más que en el nuestro?

Aunque de entrada algo ridículo y exagerado, el martirio que me atormentaba me incitaba a leer detenidamente las Sagradas Escrituras. Tenía la esperanza de descubrir algún error que me permitiera enfrentarme al sacerdote a pesar del aprecio que le tenía. A él le gustaba ver que yo tomaba ese libro como punto de partida para entender el mundo, si bien en el fondo la búsqueda se orientaba a mi propia identidad y el sentido de mi nombre. Pero era imposible desconcertar a Papá Moupelo basándome en un libro que él conocía como la palma de su mano. Además, le debía respeto, era nuestra autoridad moral, el padre espiritual de todos esos chicos que, como yo, no habían conocido al padre biológico y, en el mejor de los casos, sólo tenían como imagen de autoridad paterna a este sacerdote y, en el peor, al director del orfanato. Papá Moupelo simbolizaba la tolerancia, la absolución y la redención. Dieudonné Ngoulmoumako encarnaba la hipocresía y el desprecio. El afecto que demostrábamos al Padre nos venía del fondo del corazón, y la única recompensa que esperábamos a cambio era esa dulce mirada que nos volvía a dar coraje, mientras que el ceño fruncido del director nos regresaba a nuestra condición de chicos que no habían tenido la suerte de seguir el camino común de la existencia. Las miradas que se posaban en nosotros no mentían: para los de Pointe-Noire, «orfanato» sonaba a cárcel, y a uno sólo lo metían en la cárcel si había cometido un delito grave o incluso un crimen...

De todas las preguntas que me hacía en ese periodo de agitación interior que marcaba el comienzo de mi crisis adolescente, una sola volvía constantemente y me impedía tragar saliva, como si tuviera una espina en la garganta. ¿Acaso era el único Tokumisa Nzambe Po Mose Yamoyindo Abotami Namboka Ya Bakoko en

el mundo? Dada la longitud, podía responder afirmativamente y alegrarme de ser un chico singular. Pero Papá Moupelo frecuentaba otros orfanatos en Pointe-Noire, en Tchimbamba o en Ngo-yo. No podía evitar albergar dudas sobre la originalidad de mi patronímico. Una especie de celos me habitaba sólo con imaginar que yo podía ser un Moisés entre tantos otros centenares o miles a los que Papá Moupelo todavía podía querer más.

Nadie, excepto él, podía tranquilizarme. Y como sólo era mitad de semana, yo estaba impaciente de que llegara el sábado para hacerle la pregunta sin tapujos. Lamentablemente, lejos estaba de pensar que un acontecimiento inesperado iba a derrumbar el curso de nuestra existencia en aquel rincón perdido de la región de Kouilou. Me hubiera podido imaginar cualquier cosa, pero no ese cambio tan rotundo.

Curiosamente, y eso era lo que más me inquietaba, a pesar de su cercanía con el cielo, Papá Moupelo tampoco había visto venir ese suceso...

Bonaventure Kokolo —por entonces, como yo, de trece años— estaba que trinaba:

—¡Es grave! ¡Es grave, Moisés!

Cansado de escuchar ese nombre de Moisés, lo empujé de un codazo y me alejé unos metros. Pero no había opción contra su obstinación de sanguijuela pantanosa.

—¿Adónde vas, Moisés? ¡Es grave, te digo!

—Eso dices todo el rato. ¡Ya te conozco!

—Mira la cara de los guardias. Algo esconden. ¡Te digo que ya podemos empezar a llorar, porque Papá Moupelo se ha muerto!

En el momento en que empezó a largar el llanto, le agité el puño cerrado delante de la cara:

—¡Si vas a llorar, te doy en la nariz y te vas a despertar muy lejos, en la enfermería!

—¡Que se ha muerto, te digo! ¡Despídete de la catequesis!

—Y, a ver, ¿cómo ha muerto?

—¡Un accidente! Vas a ver, ¡nos van a decir que se fue a vivir con Dios y nos han encontrado a otro Papá Moupelo!

Bonaventure era mi mejor amigo. Si yo era más bien reservado y no demostraba mis sentimientos enseguida, él era tan charleta que se había merecido que lo apodaran «Comealgodón», como les decían a esos pájaros que traían al orfanato bolitas de algodón, con las que fabricaban los nidos en el techo de los dormitorios.

Cuando él abría la boca, los pupilos le gritaban en coro:

—¡Cierra el pico y ve a comer algodones!

Se daba vuelta y me miraba:

—¿Ves? Cuando yo digo algo, sólo tú me escuchas. ¡Los demás son peores que el director! ¿Cuándo he mentado yo, a ver? ¡Siempre pasa lo que digo!

Como yo no reaccionaba, se me quedó mirando fijamente a los ojos:

—La otra vez, cuando soñé que comíamos carne, ¿a los dos días no comimos carne en el comedor?

—Sí, a los dos días comimos carne...

—Y cuando soñé que el director estaba enfermo, dos días más tarde, ¿no se le hinchó el ojo?

—Sí. Se lastimó con la puerta del escritorio...

—Entonces, a ver, ¿por qué me llaman a mí Comealgodón, si ni siquiera son capaces de soñar cuándo vamos a comer carne o si el director va a tener el ojo como una ciruela?

—¿El ojo en compota, quieres decir?

—¡No! ¡Quiero decir lo que dije! ¿Cuándo se ha visto una compota de ojos?

—Hablas demasiado, Bonaventure. O paras, o yo también te voy a mandar a comer algodones...

★ ★ ★

Ese sábado, como era costumbre, estábamos todos vestidos de blanco en el patio principal; las chicas de un lado, los chicos del otro, pendientes de la aparición de Papá Moupelo. Esta vez yo tenía más razones para esperarlo que los demás pupilos, que sólo pensaban en el clima festivo que experimentaríamos en la sala de catequesis.

Sobre todo, no quería que el sacerdote adivinara mis intenciones en cuanto me viera. Así que me entrené en controlar la respiración; me repetía bajito lo que le preguntaría cuando me llevara aparte y me recordara que rezara y agradeciera al Señor.

Para empezar, no tenía que cruzarme con su mirada antes de nuestra conversación a solas, o, bajo la influencia de su carácter jovial y paternal, pospondría para la semana siguiente aquella pregunta esencial que por primera vez tenía que hacerle.

Mientras yo me concentraba en la actitud que debía adoptar frente a él, para matar el tiempo, unos chicos imitaban el ruido del motor tuberculoso del Renault 4 del sacerdote, mientras otros hacían como que estacionaban y repetían la maniobra de cinco o seis veces antes de soltar:

—¡Ha quedado perfecto! ¡Ya mirando a la salida!

Las chicas, por su parte, se limitaban a esbozar los pasos de baile de los pigmeos del Zaire respetando al pie de la letra las interdicciones ligadas a su sexo. Nosotros, los varones, sabíamos que las habían imaginado los hombres mucho tiempo atrás para apartarlas de los pequeños placeres de la vida. Se les desaconsejaba, por ejemplo, que comieran carne de boa, una carne bastante apreciada en la región. En el caso de consumirla, les saldrían senos largos hasta los tobillos. Sería por eso por lo que las compañeritas pensaban que, si se ponían al volante de un coche como el de Papá Moupelo, les crecería barba y sus sexos sufrirían un aumento hasta parecerse al nuestro. En todo caso, se alejaban de los que jugaban a los conductores y discretamente se tocaban el pecho, como si el simple hecho de haber visto durante segundos a un chico simular la conducta de un vehículo fuera a traerles mala suerte.

Un poco apartados, el viejo Koukouba y el pequeño Vimba, que tanto preocupaban a Bonaventure, no paraban con los conciliábulos, un comportamiento que jamás habíamos notado en ellos. El viejo Koukouba retaba al otro, más joven:

—¡Bueno, basta de señalar la sala! ¡O se van a dar cuenta de todo y el director se va a enojar conmigo!

De golpe, una gran agitación sacudió a todos los presentes. Los guardias se pusieron firmes como soldados. Bonaventure y yo fuimos los últimos en dirigir la mirada hacia el edificio prin-



cial, en cuyo estrado acababa de aparecer Dieudonné Ngoulmoumako con los seis vigilantes del pasillo atrás. Sus rostros graves contrastaban con la postura distendida que procuraba demostrar el director.

Dieudonné Ngoulmoumako era un hombre ya viejo, rechoncho y sin pelo, de la etnia de los bembes, un pueblo conocido por zanjarse a navajazos cualquier altercado, alimentarse desde la infancia de carne de gato y valorar la riqueza de una persona sólo por la cantidad de cerdos degollados en los festejos de Año Nuevo, los casamientos o los duelos. Pero ¿qué etnia no era acusada en este país de extrañas costumbres alimenticias? A los laris, un pueblo de la región de Pool, se los trataba de devoradores de orugas; a los vilis de Kouilou, por su parte, los volvía locos la carne de tiburón, reputación que debían al hecho de ser costeros; los tekes, presentes en varias regiones, no se privarían de la carne de perro, y en el norte del país, una buena cantidad de etnias se alimentan de carne de cocodrilo, al que consideran a la vez un animal sagrado.

—¡Es raro que nos sonría así! —volvió a la carga Bonaventure, al que oía por detrás conteniendo el llanto.

Me di la vuelta.

—Si nos dan con el látigo, ¡te juro que yo voy a ser el que te va a dar dentro de un rato en el cuarto!

—Pero ¿no ves cómo está el director? Se quiere hacer el bueno para que no lloremos cuando anuncie que Papá Moupelo ha muerto. ¡Yo quiero llorar ahora, no después! Quiero ser el primero que lloro, porque, si lloro después de los demás, ¿cómo van a saber que yo también lloré?

En cierto modo, tenía razón. Aunque el director había renunciado al temible látigo entregando el peor papel a sus vigilantes, tampoco era que su aparente buen humor lo hiciera más humano. Bastaba observar cómo le temblaba la mano derecha para entender que algo le estaba faltando entre aquellos dedos retorcidos y filosos como las garras de un águila. Por más que la ocultara en el

bolsillo y simulara rascarse el muslo, al rato la sacaba por reflejo y le colgaba por la pierna, ineficiente y ridícula.

Su presencia en el estrado era una puesta en escena tan mediocre que se le notó todo en cuanto se comunicó con los guardias que tenía enfrente, con torpes guiños que nosotros desciframos como si nada.

Los payasos que hacía un rato jugaban a los conductores interrumpieron el pequeño *show* y adoptaron una postura de niños obedientes, con los ojos clavados en el hombre más aterrador de la institución.

En apenas diez minutos, el director ya era el hombre que todos conocíamos y más detestábamos en el mundo: la cara de piedra, la mandíbula tendida y el bigote afligido. Pero nada podíamos temer. No solía ensañarse con nosotros los fines de semana para no tener que soportar el sermón de Papá Moupelo, que un día le había dicho que de tanto maltratar a los niños iba a tener que rendir cuentas por su actitud allá arriba, ya que hacía daño a los que se parecían al Todopoderoso como dos gotas de agua.

Dieudonné Ngoulmoumako se preparaba para anunciar algo, y hasta ahí Bonaventure no se equivocaba. Era la primera vez que el sacerdote se estaba retrasando más de una hora y media, casi la mitad del tiempo que nos dedicaría.

A pesar de todo, yo tenía confianza y no bajaba los brazos. Papá Moupelo llegaría de un momento a otro y lucharía por aparcar en el patio principal, entre aplausos. Tendría caftanes nuevos sacados de esa maleta de metal, le gustaba aclararnos, que servía para protegerlos de las cucarachas y las polillas.

—¡Yo, la ropa, la cuido bien! La guardo en la maleta con unas bolitas de naftalina encima y santo remedio, las polillas no la arruinan...

Así tenía ese asfixiante olor a naftalina que se mezclaba con el de nuestra respiración. Jamás habíamos visto una polilla en la sala de catequesis, porque ese olor nunca se iba de la estancia.

Sí. En cualquier momento, Papá Moupelo aparecería y, como si todo hubiera sido sólo una pesadilla de Bonaventure, nos repararía pedacitos de hojas con letras de viejas canciones y nos pondríamos a su alrededor, moviendo los brazos y cantando hasta quedarnos sin voz.

Mis ilusiones se interrumpieron cuando, con aire solemne, Dieudonné Ngoulmoumako comenzó a caminar hacia la sala de Papá Moupelo seguido de los vigilantes del pasillo. El viejo Koukouba, que había comprendido el guiño de su jefe, lo alcanzó martillo en mano. El pequeño Vimba ya estaba dentro de la sala, y de ahí sacaba un bulto voluminoso, empujándolo con dificultad.

Bonaventure encontró otra oportunidad para hacerme enojar:  
—¡Moisés, seguro que ahí está el cadáver de Papá Moupelo, dentro de ese bulto enorme!

—Kokolo, no me llames Moisés...

—¿Y por qué me llamas tú Kokolo, si ese apellido a mí no me gusta?

—¿Ves este puño? ¿En la cara lo quieres?

A pesar de que nos carcomía la curiosidad, nadie se animaba a acercarse al paquete. El pequeño Vimba lo abría con un cúter exagerando el suspense.

—¡Acercaos! —nos ordenó el director—. ¿Qué os pasa, que os quedáis ahí parados?

Y entonces vimos en el paquete unas bufandas rojas, y en particular una placa que decía:

#### SALA DEL MOVIMIENTO NACIONAL DE PIONEROS DE LA REVOLUCIÓN SOCIALISTA DEL CONGO

Bonaventure me chifló, como loco:

—¡Ahí está la placa que van a poner en la tumba de Papá Moupelo!

Como un anfitrión desbordado, el director chillaba dando órdenes a los vigilantes. Con el dedo le indicó al pequeño Vimba dónde debía clavarse la placa para que pudiera leerse apenas uno entrara al orfanato. Después le tocó al viejo Koukouba dar unos martillazos, porque al director se le había puesto en la cabeza que el «decano» del personal debía tener el privilegio de fijar la placa. El guardia, con la espalda encorvada y los ojos que se le iban para la izquierda y para la derecha sin que moviera la cabeza, parecía un camaleón anciano, y nosotros a escondidas lo llamábamos el «australopiteco».

Pero el viejo Koukouba no lograba hundir los clavos, que una y otra vez caían sus pies. Cuando, apretando los dientes, se inclinaba para recogerlos, por el esfuerzo que experimentaba presentíamos que hacía tiempo había perdido los cartílagos de crecimiento.

Dieudonné Ngoulmoumako le gritaba:

—¡Pero ¿qué haces?!

El viejo se deshacía en excusas:

—Es el sol, jefe. Me pega en los ojos y en vez de ver un solo clavo en realidad estoy viendo cuatro o cinco. Y ni sé ya qué golpeo, pero igual golpeo. El problema es que parece además que los clavos de hoy en día son más pequeños que los de antes, con los que se fabricaban los ataúdes. Con éstos, ni los cadáveres chisataban, porque...

—¿Otra vez con el trabajo ese de la morgue de Pointe-Noire? No te preocupes, que vas a volver allá bien derecho, ¡ya que tanto la añoras!

No entendimos bien qué insinuaba el director con esas palabras, pero el viejo Koukouba se levantó de golpe. Puso los ojos en blanco mientras se concentraba en hundir el clavo que había podido recoger del suelo. Primero mojó con saliva el punto en el que proyectaba hundirlo y, con el martillo bien arriba de la cabeza, tomó impulso. Pero otra vez erró el blanco...

Enfurecido, Dieudonné Ngoulmoumako le arrebató el martillo de las manos, agarró un clavo, dio un primer golpetazo y el eco enloqueció a los trescientos tres pupilos y hasta a la colonia de los comealgodón en las casuarinas. Después de una decena de martillazos, tomó distancia y observó satisfecho la placa por fin clavada en la puerta de la sala de Papá Moupelo. Entonces llamó a los vigilantes del pasillo que se colocaron alrededor y les murmuró algo. Esos seis hombres se abalanzaron para repartirnos las bufandas rojas y mostrarnos cómo teníamos que llevarlas alrededor del cuello. Cada uno inspeccionaba la suya, pensando que era parecida a la bandera que los vigilantes del pasillo habían colgado del mástil un mes atrás, que flotaba en medio del patio con figuras que nos intrigaban: dos hojas verdes de palmera rodeando una azada y un martillo en cruz color dorado y una estrella amarilla de cinco puntas arriba de todo.

—Moisés, entonces, ¿Papá Moupelo no ha muerto?

—¡Kokolo, cállate!

Dieudonné Ngoulmoumako volvió al estrado aún con los vigilantes escoltándolo, y se hizo el maestro orador para explicarnos que nosotros éramos los constructores y garantes de la revolución socialista científica. En la chaqueta, «justo ahí arriba donde late el corazón», como decían algunos, le brillaba un broche rojo con tres letras: P, C, T. Había que acercarse bastante para leer, escrito abajo, muy pequeño: Partido Congoleño del Trabajo.

Hacia la mitad del discurso, que nosotros aplaudíamos forzados por las miradas amenazadoras de los vigilantes del pasillo, con la mano en el prendedor del PCT, el director intentaba desvelarnos el significado de los emblemas de la bandera replicados en nuestras bufandas. El rojo simbolizaba la lucha por la independencia de nuestro país en los años sesenta. El verde, la naturaleza rebosante y esplendorosa de nuestros campos. El amarillo, el conjunto de nuestros recursos naturales, que, hasta la independencia,

Europa no había hecho más que robar y saquear. En cuanto a la azada y el martillo, nos exhortaban al trabajo, a la actividad manual, mientras que la estrella amarilla nos recordaba la necesidad de mirar hacia el futuro y perseguir continuamente a los enemigos de la revolución, incluidos los que vivían en nuestro país, tenían nuestro mismo color de piel y eran conocidos como los «sirvientes locales del imperialismo». A su entender, ellos eran los enemigos más peligrosos. Cómo detectarlos si se fundían con la masa para carcomernos desde dentro. Y, en nuestro orfanato, ya andaban dando vueltas algunos sirvientes locales del imperialismo.

La voz se le puso más paternal. De vez en cuando, unos carrapeos de garganta.

—Sí, hijos queridos, ¡estamos ante una nueva época! ¡Un arcoíris de liberación que llega directo a nosotros desde la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas! Visto que no podemos saldar las cuentas con los que durante tanto tiempo han caminado sobre nuestra dignidad, pisoteado a nuestros dioses, violado a nuestras mujeres más bellas y raptado a nuestros hijos más hermosos, robustos y distinguidos, ahora somos responsables de lo que el Congo será mañana y pasado mañana. Esta nueva época os pertenece, hijos, y no dejéis que los imperialistas y sus sirvientes locales os desvíen de vuestro objetivo, porque ellos saben cómo adormecernos y arrebatarnos lo que es nuestro. No me voy a abstener de citar las sensatas palabras del gran Jomo Kenyatta, militante y presidente de Kenia, nuestro país hermano: «Cuando los blancos llegaron a África, nosotros teníamos la tierra, y ellos, la Biblia. Ellos nos enseñaron a rezar con los ojos cerrados; cuando los abrimos, los blancos tenían la tierra, y nosotros, la Biblia». Y no olvidéis, hijos queridos, las sabias palabras de nuestro presidente de la República, porque él también es hombre sabio, él también posee una bulimia jupiterina por comunicarse y derrumbar puentes y sostener todo el tiempo la luz que nos ilumina en el laberinto de los espíritus y las conciencias. Debéis preguntaros: «Pero ¿qué es la revolución?». Sí. ¿Qué es la re-

volución, eh? La revolución es algo que construimos día a día, transformando nuestras costumbres y estando alertas frente a los trucos del imperialismo y sus sirvientes locales. Creo que el presidente ha sido bien claro en este punto: la revolución y el socialismo científico no deben deslumbrarnos hasta que veamos una virtud mágica en ellos. Sólo deben estimular y orientar nuestra acción, y no volverse talismanes beneficiosos. El desarrollo de nuestro país y la evolución de nuestra vida en todos los ámbitos en absoluto dependen de la sobrepuja revolucionaria, sino de nuestra actitud paciente, valiente y razonada. Transformarnos en armonía, sin cambiar hipócritamente, evolucionar y progresar sin perder nuestra identidad, ése es el objetivo que debemos perseguir para que la revolución congoleña, tan cautivante por su dinamismo juvenil, perpetúe su ya legendaria originalidad en el seno del vasto movimiento irreversible de la revolución mundial, que no es compatible con la ilusión que la religión nos ha impuesto hasta ahora...

Escuchábamos al director con una oreja mientras teníamos la otra en la puerta de entrada del orfanato, porque seguíamos preguntándonos qué había sido de nuestro querido Papá Moupelo, del que ya ni mencionaban el nombre, como si jamás hubiera existido.

Hubo por lo menos unos diez minutos de aplausos al terminar el discurso, y rápidamente los vigilantes del pasillo nos obligaron a dispersarnos. Algunos, como Bonaventure y yo, nos dirigimos a la biblioteca para hacer los deberes de la semana siguiente. Otros se abalanzaron al patio de juegos, en la parte de atrás del edificio principal. Las chicas regresaron a su edificio, donde las esperaba Maki-la Mabé, la gobernanta, con sus cinco compañeras: Marianne Kinkosso, Justine Batalébé, Pierrette Mútila, Célestine Bouanga y Henriette Mayalama, todas mujeres bembes contratadas por Dieu-donné Ngoulmoumako.

La zona de los dormitorios era tan grande que para charlar con otro pupilo a veces teníamos que caminar a zancadas, y jamás

había estado tan alborotada como esa noche en que anunciaron la revolución. Estaba formada por veinte «bloques» numerados, cada uno con diez camas amontonadas o prácticamente pegadas, como la mía y la de Bonaventure. Para nosotros, era como vivir en un barrio enorme y muy animado donde el más ínfimo hecho del día se analizaba sin parar de noche.

Se dispersaron de punta a punta las especulaciones sobre la ausencia de Papá Moupelo, avivando así los intercambios en los veinte bloques. Se decía que el sacerdote había regresado al Zaire natal, y que, aunque no tuviera la barba larga canosa de los auténticos profetas de la Biblia, los creyentes lo habían tomado como un enviado del cielo. En la embriaguez de ese recibimiento triunfal, habría construido una iglesia con tablas de madera de aucoumea gracias a las contribuciones de la población y la ayuda económica del presidente Mobutu Sese Seko Kuku Ngbendu Wa Za Banga, que, según esos mismos rumores, caminaba con bastón y llevaba un sombrero de leopardo cuando no estaba tirando a unos oponentes al río Congo o haciéndolos fusilar y enterrar en un estadio. Allí, en cuanto Papá Moupelo gritaba: «¡Levantaos y caminad!», los paralíticos volvían a sentir las piernas, las mujeres estériles daban a luz a mellizos y los hombres impotentes se despertaban por la mañana con la cosa bien erecta, por encima del ombligo. En resumidas cuentas, Papá Moupelo había ido a un mundo más tolerante que el nuestro, donde podía hacer milagros, porque eso con nosotros no pasaba por culpa de la incredulidad del director y de los vigilantes del pasillo. Nos dormíamos bajo este halo esperanzador, algunos soñando que Papá Moupelo estaba vestido todo de blanco con alas que lo ayudaban a llegar al paraíso, y otros, como yo, viéndolo ya sentado a la derecha de Dios Padre.

★ ★ ★



Cuando, pocos días después, pasábamos por esa vieja sala de Papá Moupelo con el pecho acongojado y repleto de lamentos, nos imaginábamos a nuestras sombras, ya huérfanas, cantando dentro, batiendo los brazos y danzando al ritmo de los pigmeos del Zaire. Pero nos costaba pensar en el sacerdote divirtiéndose con ellas. El olor a naftalina era todavía más intenso, seguramente porque ya lo teníamos impregnado o nos era imposible volver a pensar en Papá Moupelo sin recordar que guardaba la ropa en una maleta de metal y la protegía con ese producto que ahuyentaba o eliminaba toda clase de insectos.

Más pasaban las semanas, más se disipaban esas palabras preciadas que habíamos memorizado gracias al sacerdote, al igual que las melodías de las canciones que nos daban el coraje de empezar la semana en la escuela...

El director movió sus contactos para que sus sobrinos Mfoumbou Ngoulmoumako, Bissoulou Ngoulmoumako y Dongo-Dongo Ngoulmoumako siguieran una formación ideológica en Pointe-Noire y, con el tiempo, se convirtieran en jefes de la sección del Movimiento Nacional de Pioneros del orfanato. Pero seguían bajo el control del tío paterno y, sobre todo, de dos miembros de la Unión de la Juventud Socialista Congoleña, la UJSC, a la que calificaban de «cantera» del Partido Congoleño del Trabajo porque el Gobierno buscaba en esa organización a los jóvenes que ocuparían algún día responsabilidades políticas en el país. Los tres sobrinos del director habían sido entonces promovidos para un futuro radiante, y esto molestaba a Mpassi, Moutété y Mvoumbi, los otros tres sobrinos del lado materno, quienes, por su parte, no se habían movido un pelo de sus cargos de vigilantes del pasillo, aunque ellos también soñaban con ser jefes de la sección del Movimiento Nacional de Pioneros del orfanato. Por eso se descargaban con nosotros, para no enfadarse con el tío. Era evidente que éste había privilegiado a la rama paterna, en lugar de tramar algún plan que hubiera apaciguado a la familia. Mpassi, Moutété y Mvoumbi consideraban que se habían convertido en subordinados de los otros tres sobrinos del director. Nosotros gozábamos del clima turbulento entre los vigilantes del pasillo, que muchas veces casi hubiera acabado a golpes si no fuera porque el director intervenía y los amenazaba con reemplazarlos por norteños, cosa que bastaba para que recobraran la compostura...